



Los desafíos de las mutaciones sociales, políticas y económicas del siglo XXI

Robert Castel

Robert Castel es director de Estudios de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París.

El siguiente texto corresponde a la conferencia dictada por el Dr. Robert Castel en el Salón de Actos de la Facultad de Ciencias Exactas, Ingeniería y Agrimensura de la U.N.R., el día 19 de septiembre de 2006. La misma fue organizada por la Sede Rosario de la Universidad del Salvador y la Escuela de Ciencia Política de la Facultad de Ciencia Política y RR.II. de la U.N.R.

Nuestras sociedades están sometidas, retomando una expresión de Karl Polanyi, a una gran transformación que remite al cambio de régimen del capitalismo. Salimos del capitalismo industrial y dominante a través del conflicto y la regulación, que el mismo capitalismo había alcanzado en el curso de su historia, e ingresamos en un nuevo régimen capitalista a la vez más móvil y más extendido, y también más salvaje, que juega a la competencia exacerbada, a la búsqueda de la ganancia a nivel planetario.

Es lo que llamamos la mundialización y de eso podemos hablar mucho pero disponemos de poco tiempo y lo que intentaré hacer, entonces, es discutir algunos efectos de esa gran transformación, como la organización del trabajo y, a partir de ahí, el estatuto de los individuos, las protecciones que ellos pueden poseer, las posibilidades para los ciudadanos de un país de ser beneficiados con un mínimo de seguridad y de protección contra los riesgos de la existencia, etc. Es decir, ese mínimo de recursos que son indispensables para poder existir como individuos enteramente, en Francia, en Argentina y en otras partes.

En sociedades como las nuestras, tanto en Francia como en Argentina, hay una relación profunda entre una cierta estabilidad del orden del trabajo y el hecho de que un mínimo de seguridad y de derechos sean inherentes a la condición de trabajar, es decir el hecho de poder participar enteramente en la vida social, de ser reconocidos como individuos que poseemos



derechos y seguridad social mínima, derecho a la salud, derecho a la educación. Es lo que podríamos llamar la ciudadanía social.

No tengo tiempo de mostrar en detalle esa relación entre la protección del trabajo y los derechos necesarios para el ejercicio de una soberanía social pero espero al menos poder mostrar una discusión y también la manera en que ellos se han ido transformando, para ser puestos en cuestión.

Mi punto de partida será una situación que prevalecía, al menos en Europa occidental, hacia los años '70. A saber, esa conjunción de una condición salarial sólida y de protecciones sociales extendidas que garantizaban una seguridad social generalizada a casi el conjunto de la población. Luego intentaré caracterizar -ese es el segundo punto- la nueva dinámica que se ha desarrollado a partir de los años '70 con el pasaje a ese nuevo régimen del capitalismo que debilita, e incluso destruye, esas formas antiguas de regulación del capitalismo industrial, con las consecuencias de la precariedad de la seguridad social y las nuevas formas de pobreza. Y finalmente, en un tercer punto podríamos preguntarnos si esas transformaciones son en efecto irreversibles, si ese es el destino necesario llevado por la dinámica actual de la mundialización o si podemos prever, entrever algunas respuestas posibles.

Agrego una cosa antes de comenzar, para apoyar mi razonamiento estaré obligado a referirme a datos tomados de la situación francesa o europea. Simplemente porque -por desgracia- yo no conozco de cerca la situación argentina para poder partir de ella. No olvido de todos modos que estoy en la Argentina y que, en relación con la situación que voy a describir, somos en Europa todavía muy privilegiados, sin dudas la situación es mucho más grave aquí.

Pero no presento la situación francesa como modelo, sino más bien como un caso específico en una configuración más general en la cual la Argentina podría tener su lugar. Porque si, en efecto, existe la mundialización eso significa que tanto en Francia como en la Argentina estamos atravesados por las mismas tensiones y contradicciones, aunque en ciertos países esas contradicciones estén mejor controladas como es sin duda el caso de Europa, en tanto que en otros países como la Argentina han tenido efectos gravísimos. Lo que propongo



también, entonces, es una comparación entre Francia y Argentina. Aunque es muy ambicioso, la mirada que estoy obligado a dar, a partir la situación europea, podría también ayudar, y así lo espero, a comprender por diferencia lo que ocurre aquí en Argentina y espero también que podamos discutir sobre eso.

Entonces volvamos por un momento sobre lo que pasó en Francia hacia los años '70 en materia de organización del trabajo y del estatuto de los trabajadores. No ya por el placer de hacer historia, sino porque pensar la transformación que hubo es necesario para comprender su amplitud y también para entender a partir de qué cosas se ha producido.

Estoy obligado a simplificar muchas cosas, podemos decir que a mitad de la década del '70 el capitalismo industrial en Europa Occidental y en Francia alcanzó una cierta forma de equilibrio, lo que en esa época se llamo el equilibrio social. Un cierto equilibrio entre los intereses del mercado (medido en términos de productividad y competitividad de las empresas), los intereses del mundo del trabajo (medidos en términos de seguridad y protección social) y los derechos de los trabajadores. Luego, tras una larga serie de conflictos y de luchas, el trabajador estaba protegido a través de la participación en formas de organización colectivas, de trabajo, convenciones colectivas o regulación colectiva del derecho de trabajo y de protección social. Podemos decir que es el colectivo lo que protege o lo que protegía a los trabajadores y se produjo una suerte de correspondencia entre las formas colectivas de la organización del trabajo en el capitalismo y el peso de la gran industria, de la producción de masa, que había permitido el nacimiento de sindicatos potentes que podían, en cierta forma, jugar como contrapeso en las cuestiones del mercado. Esto permitió deshacerse del conflicto entre los intereses del capital y los intereses del trabajo, y es eso lo que sin duda, ha salvado al capitalismo.

Para decirlo de manera un poco brutal, la revolución no tuvo lugar, al menos en Europa Occidental. No hubo una transformación o un desmoronamiento completo de los medios de producción. La relación de subordinación salarial no fue suprimida, podríamos decir que subsistía en forma de explotación, si queremos emplear el lenguaje marxista, pero en contrapartida, los trabajadores gozaban de protecciones fuertes que estaban apegadas a sus



trabajos, los derechos sociales como el derecho al trabajo, la protección social como el derecho a la jubilación.

Hablando políticamente podemos decir que se trataba de una respuesta reformista, que -por otra parte- se impuso en Europa Occidental en un contexto bien particular, cuya condición no fue solamente un crecimiento económico fuerte sino también el hecho de que estos países tenían una suerte de hegemonía sobre el conjunto del planeta, ya que los intercambios desiguales que los europeos imponían a otros países del mundo les permitieron desarrollar simultáneamente políticas económicas eficaces y políticas sociales ambiciosas.

Esta es -sin duda- la razón por la cual los sistemas de protección fuerte no pudieron desarrollarse en aquellos países de la periferia, y esta es una primera forma de mundialización que expresa a nivel mundial una evidente injusticia. En los años '70 se podía pensar que esa forma de desequilibrio no era sin embargo eterna, que con el desarrollo creciente los países de la periferia podría llegar a disminuir la distancia con los países europeos, de tal suerte que otra forma de mundialización hubiese sido posible.

Fue la generalización del tipo de sociedad salarial que se impuso en principio en Europa Occidental. Es decir, no solamente una sociedad en la cual la gran mayoría de la población es asalariada, sino una sociedad en la cual la inmensa mayoría de la población goza de protecciones y derechos fuertes y, sobre todo, aquellos que están vinculados con el estatuto del empleo, en donde empleo no quiere decir solamente un salario sino también esas protecciones y ese derecho constitutivos de una sociedad salarial y de una ciudadanía social.

Esta forma de equilibrio se rompió. Es decir, el compromiso entre los intereses del capital y los intereses del trabajo se deshizo. ¿Por qué? Me parece que debido a un nuevo régimen capitalista que juega a la competencia exacerbada en una economía mundializada bajo la égida del capitalismo financiero internacional.

Paso entonces a mi segundo punto que es intentar precisar un poco la dinámica que se encuentra detrás de esta transformación. No quisiera, en absoluto, tener un discurso "miserabilista" de lo que está ocurriendo en Francia o en Europa ahora porque como ya lo dije hace un momento todavía allí tenemos una situación muy privilegiada. Nosotros gozamos



todavía de muchas protecciones. Esas protecciones no han sido destruidas. Estamos asistiendo, sin embargo, también en Europa a esa dinámica nueva, que toma a contra pie las regulaciones, los compromisos, que se habían edificado antes bajo el capitalismo industrial.

No puedo evidentemente desarrollar todos los aspectos de esa transformación pero quisiera sostener lo que pienso, y es que su dinámica profunda parece ser una dinámica de descolectivización o de re-individualización que desestabiliza las formas de organización colectivas y de protecciones colectivas que estaban en el corazón del compromiso de aquel capitalismo industrial. Y me parece necesario intentar comprender este punto para así visualizar las razones profundas de la situación actual.

Por otra parte, esto no lo hemos comprendido de inmediato. Cuando a mediados de la década del '70 comenzamos a hablar de la crisis fue porque en principio estábamos sensibles al aumento del desempleo y a la precarización de las relaciones de trabajo, y eso, evidentemente, era importante y grave pero creo que viéndolo con un poco de distancia hoy en día, en ese momento comenzamos a tener conciencia de que en el fondo de esa precarización había sin duda una dinámica muy profunda que estaba en juego. Y ese proceso de descolectivización y de re-individualización, que se despliega en varios niveles, juega principalmente en la organización del trabajo, para decirlo esquemáticamente dado el poco tiempo que tengo.

Asistimos a una individualización de las tareas que exige la adaptabilidad y la asunción de responsabilidades por parte de los trabajadores. Y en lugar de la organización colectiva y jerarquizada del trabajo se le exige al trabajador una implicación personal. En última instancia, es el mismo colectivo del trabajo el que puede ser disuelto tal como sucede en el trabajo en red, por ejemplo donde los operadores se conectan solamente por un tiempo para realizar un proyecto y se desconectan cuando se terminó y de esa manera se vuelven a concentrar en otra parte y así sucesivamente.

Pero en el nivel de las trayectorias profesionales también asistimos a la misma puesta en movilidad. La exigencia para cada uno de tomar a cargo su propio recorrido profesional, que la persona deba hacer operaciones y reconvertirse, enfrentarse al cambio, a las diferencias de carrera que puedan desarrollarse en el seno de una misma empresa y que anteriormente seguían



etapas bien marcadas. Es decir, que las carreras profesionales comenzaron a tener frecuencias discontinuas. Ya no están más inscriptas en las regulaciones colectivas del empleo estable y aquí también es necesario que el individuo se movilice para poder llevar a cabo su propia carrera.

Creo que no hay que dar una explicación unilateral ni caricatural de esta situación que beneficia a mucha gente. Esa gente se libera de las construcciones colectivas, que podían ser en el pasado muy constringentes, y se maximizan las posibilidades, se despliegan todas las posibilidades. Ellos son los ganadores de las transformaciones en curso y es, por otra parte, sobre su éxito que descansa justamente el discurso liberal dominante que celebra el espíritu de empresa, la liberación de las antiguas obligaciones, la asunción de los riesgos, etc. Ese discurso no es completamente falso pero es unilateral; comporta una suerte de silencio que obliga a tomar en cuenta la suerte de todos aquellos -que son sin duda los más numerosos- que no pueden plegarse a esas nuevas reglas del juego y que, por otra parte, no han sido suficientemente formados o acompañados para poder asumir positivamente esos cambios. Estos han sido superados por los acontecimientos, están invalidados por esta nueva coyuntura. Ellos pierden estabilidad y, en última instancia, se los declara inempleables.

Podríamos decir que, en un país como Francia o en Europa Occidental en general, asistimos a un alza de la inseguridad social, al regreso parcial a situaciones que prevalecían antaño pero que los europeos creíamos superadas. Y hoy nuevamente un número muy grande de personas están obligadas a vivir el día a día con la imposibilidad de poder controlar su propio porvenir porque no poseen recursos básicos ni protecciones de base. Y podemos notar que esa situación comienza a involucrar a la vez a las personas que no trabajan pero también a aquellos que trabajan. Es decir, las personas que no trabajan, como los desempleados de larga data, o bien las personas que no alcanzan a encontrar un empleo, como los jóvenes.

En Europa comenzamos a observar un fenómeno nuevo o, en todo caso, nuevo en relación con los años '70. Es decir, la existencia de trabajadores pobres. Personas que -con su propio trabajo- no alcanzan a asegurar su independencia económica y social ni la de su familia.



Ciertamente son situaciones que ustedes conocen desde hace mucho tiempo pero que en Europa han tomado el carácter de una inquietante novedad como signo de esta transformación que viene desarrollándose desde hace unos 30 años.

Ahora abordaré el tercer punto que he anunciado, a saber, si sería posible enfrentar esa situación. Es decir, si esta degradación representa un destino, si estamos todos condenados, si vamos a una sociedad completamente sometida a los imperativos del mercado.

Abordaré este punto con muchísima prudencia porque no tengo recetas para proponer. En cambio, me aparece posible precisar los desafíos en que debemos reparar ahora. Es decir, en qué dirección habría que ir para intentar afrontar estas situaciones y luchar contra este proceso de degradación sin estar ciertamente seguro de poder alcanzarla.

En principio habrá que partir de una constatación. Muchas de esas transformaciones son irreversibles. No se trata, como se ha creído durante mucho tiempo, de una crisis pasajera de la cual saldríamos mas o menos rápidamente. No volveremos con un golpe de magia sobre las nuevas reglas de la competencia en una economía mundializada. No podremos tampoco volver atrás las mutaciones tecnológicas en curso que han contribuido potentemente a esta puesta en movilidad. Es decir, entonces, que no podremos mantener más ya en el Estado el sistema de regulación colectiva que se había constituido al fin del capitalismo industrial?.

Sobre ese punto la mayoría de los autores están de acuerdo, al menos en Francia, no sé si ocurre lo mismo aquí. En Francia casi todo el mundo habla de reforma, de reformar el derecho del trabajo, reformar la protección social. Hay que reformar el funcionamiento del Estado. El problema es qué se coloca dentro de ese término reforma. Creo que hay que constatar que hoy en día existe un reformismo de derecha o un reformismo liberal, lo cual puede parecernos muy curioso porque históricamente el reformismo fue siempre una posición de izquierda, de una izquierda moderada, no revolucionaria pero si queremos de tipo socialdemócrata preocupada por afirmar el poder del Estado. Y en la medida en que esa respuesta había tenido buen éxito existe, de ahora en más, la posibilidad de hacer reformas de derecha para dismantelar esa construcción de Estado social. Es una orientación general del liberalismo y del neoliberalismo. Por ejemplo en el caso francés, el MEDEF (Mouvement des



Entreprises de France) que es el gran sindicato de los patrones franceses, quienes dicen que hay que salir de la ley del contrato, salir de las grandes regulaciones generales, que tienen en ese caso fuerza de Estado y están reguladas por el Estado, y volver de todo eso a las negociaciones de contrato en el seno de la empresa, donde evidentemente el patrón tiene todas las posibilidades de ganar porque está en situación de fuerza, sobre todo en períodos de desempleo.

Hay un criterio muy sencillo para distinguir este reformismo. Las reformas liberales se enfrentan al derecho, al Estado, sospechados de poner trabas e impedimentos al libre desarrollo de la empresa y a la exigencia de ser competitivos a cualquier precio. Hay una historia que ha sido contada a nivel mundial, que ustedes también conocen, pero la cuestión me parece que pasa por saber si hay otro tipo de reformas posibles, que no dismantelen las regulaciones protectoras del Estado sino que vuelvan a desplegarlas en la coyuntura actual.

Esto nos llevaría a buscar un nuevo compromiso social que ya no sería aquel del capitalismo industrial sino un nuevo compromiso entre los intereses del mercado y los intereses del trabajo. Porque es cierto que el mercado se ha vuelto más agresivo, que los intercambios se han generalizado, que la especulación y la competencia recubren el planeta entero.

Creo que si no tomamos esos deseos como realidad, debemos reconocer que hay algo irreversible en esas evoluciones. Entonces la respuesta pasaría por poder colocar contrapartidas a ese nuevo funcionamiento del mercado en términos de seguridad y de protección del lado de los trabajadores, que son aquellos que hacen marchar el mercado, si se puede decir de esa manera.

Ese sería el núcleo, el corazón de un nuevo compromiso social. Entonces, en qué medida sigue siendo posible asegurar las situaciones de trabajo más allá de la nueva movilidad del trabajo. En Francia hay todo un debate alrededor de estas cuestiones. Se habla de seguridad social profesional, del aseguramiento de trayectorias profesionales. Es una reivindicación que ha sido tomada por el primer sindicato francés, y es también discusión en el seno de algunos partidos políticos, como el Partido Socialista, que quiere hacer figurar esas demandas en su



Programa en las próximas elecciones. Se habla también en Europa de una flexi-seguridad, haciendo referencia a la política de empleo de algunos países nórdicos que parecen haber alcanzado bastante bien esa conciliación entre la flexibilidad reclamada por las empresas y los contrapesos fuertes de parte de los trabajadores, incluso en el momento en que son expulsados del orden del empleo.

Claro, el desempleo es retribuido con buena plata o bien con programas eficaces de formación profesional para poder volver del desempleo siendo apto para encontrar un nuevo puesto de trabajo, pero yo no presento esto como si fuesen políticas fáciles de aplicar. Para mí, esto presenta más bien grandes dificultades. Estamos en un contexto donde las relaciones están lejos de ser favorables a los asalariados.

Pero si lo he planteado aquí es porque, en mi opinión, es sobre ese camino donde habría que intentar continuar. Es decir, enfrentar el proceso de degradación del trabajo con las consecuencias que he evocado cuando hablamos del aumento de la inseguridad social, de la precariedad, de las nuevas formas de pobreza y, en última instancia, de la escisión total de los ganadores y de los perdedores de las transformaciones en curso. Entonces, conciliar movilidad y seguridad es sin duda un enorme desafío pero corresponde a la situación actual y no solamente en Europa Occidental, que finalmente no es más que un pequeño pedazo del planeta.

Me parece que la cuestión fundamental que se plantea hoy a nivel mundial es si será posible poner límites a la hegemonía del mercado. Porque yo creo que hay que tomarse en serio al mercado. Está ahí y estará ahí también mañana y seguramente por mucho tiempo. Sin duda, no podemos pensar la modernidad sin el mercado, como yo creo que Adam Smith comenzó a verlo en su momento. La centralidad del mercado y la centralidad del trabajo son los dos pilares de la modernidad, aun cuando las relaciones entre mercado y trabajo han cambiado mucho desde Adam Smith hasta ahora. Es decir, me parece que el problema entonces no es golpear la cabeza contra la arena como avestruces, hacer como si el mercado no existiese, subestimar su importancia, sino saber si será posible, retomando otra fórmula de Karl Polanyi,



domesticar al mercado.

Polanyi había visto que el mercado era la modernidad, pero también advirtió que cuando el mercado es librado a su propia lógica destruye formas de sociabilidad, como sucedió en el momento de implantación del capitalismo industrial que produjo esa situación horrible del proletariado de comienzos del siglo XIX. Entonces, se trata de enmarcar al mercado con protecciones sociales, como sucedió bajo el capitalismo industrial hasta los años '70. En ese caso el capitalismo fue domesticado en una pequeña medida y desembocó, finalmente, en esa forma de compromiso entre desarrollo económico y desarrollo de derechos sociales. No fue - sin duda- una situación heroica, ni el triunfo de la revolución, pero representó un mejoramiento fantástico de la situación de los trabajadores.

Para comprender esto basta comparar los proletarios descriptos por Marx y aquello en lo que deviene por ejemplo, una persona asalariada media de los años '50 y '60 en Europa, que no sólo tenía un salario decente y garantizado sino también esas garantías y esos derechos sociales que le permitían estabilizar su existencia y vivir en un mundo más o menos vivible. En cambio, hoy en día corremos el riesgo de ingresar en un mundo invivible para todos aquellos que no se encuentren del lado de los vencedores, es decir, de una competencia impiadosa y generalizada.

Y es por eso que reitero una vez más: esa consigna, esa orden de domesticar al mercado, de encuadrarlo en regulaciones sociales, me parece más actual que nunca. Quizás no es evidente que podamos llegar a hacerlo pero tampoco en el siglo XIX, cuando se empezó a desplegar el capitalismo industrial, era en modo alguno evidente que se lo podría domesticar y, sin embargo, se realizó de una manera relativamente satisfactoria.

Este es el punto de vista que deseaba presentarles en esta discusión, esperando que lo que he dicho no les parezca tan lejano, tan separado con relación a vuestras propias preocupaciones y a la situación argentina. Soy consciente de las enormes diferencias que existen con Europa. De todas maneras hay que pensar que si tomamos en serio la mundialización, eso significa que estos problemas atraviesan el planeta y que este nuevo capitalismo es verdaderamente mundial. Es decir, que golpea en todos lados pero sus efectos



son diferentes en función de las distintas situaciones, las cuales tendríamos que analizar con más tiempo en otro momento porque hoy no lo tenemos.

Señalo simplemente para terminar y de ese modo abrir la discusión, una diferencia que me parece esencial entre Europa y países como Argentina. En Europa Occidental, y en particular en Francia, hemos tenido el tiempo de constituir lo que podríamos llamar una cultura de lo social en el sentido del hecho social, de esas protecciones de las que se ha hablado y que se inscriben como un *habitus* -para hablar en términos de Bourdieu-, y eso fue posible porque estaban inscriptas en un largo proceso histórico. Ese compromiso social que yo he evocado tardó casi un siglo antes de poder imponerse y creo que esto es un elemento de explicación, no para decir que esa cultura de lo social es eterna, pero sí que está todavía muy profundamente inscripta en Europa y hemos tenido la confirmación de esto a propósito de las protestas recientes en París, de las cuales ustedes seguramente han oído hablar.

Ustedes conocerán el tema del contrato de primer empleo en Francia y creo que la cuestión está enteramente dentro de nuestro tema porque ese contrato de primer empleo gana lugar en la política laboral. Ese contrato da por años al patrón un poder absoluto de licenciar al empleado en nombre de la supremacía de la competencia económica y, como ustedes saben, hubo reacciones muy rápidas y extendidas a punto que el gobierno francés debió retirar esa medida. No es ciertamente una victoria definitiva pero es, sin embargo, un signo de esa cultura social.

Ahora, podemos decir que en la Argentina esa cultura de lo social no tuvo tiempo de elaborarse con tanta fuerza porque comenzó mucho más tarde y en condiciones menos favorables como para que la clase media y la clase obrera asalariada pudieran construir fuerzas suficientes para hacer contrapeso a la dinámica del mercado, sumado a la intervención de dictadura milites que han roto esa dinámica progresiva. Pero no voy a avanzar en este punto porque son situaciones que no conozco demasiado bien.

Simplemente quiero sugerir que podríamos ubicar a la Argentina en esa problemática general teniendo en cuenta su especificidad, es decir, teniendo en cuenta la singularidad de su



historia, el carácter propio de las relaciones de clase y de forma de acción sindical, la originalidad de su conformación política, en particular el peso del peronismo, que por otra parte es algo muy difícil de entender. Y aunque yo soy obviamente incapaz de hacer todo este análisis diré solamente que deseo que estas notas, a partir de la situación europea, puedan contribuir a pensar, por diferencia, lo que ocurre en la Argentina.

Desearía que podamos discutirlo. En todo caso les agradezco mucho vuestra atención.

(Aplausos)

Robert Castel: No lo digo por demagogia, yo quisiera que ustedes plantearan preguntas. Siempre hay una situación un poco delicada, como en mi caso, que intervengo en un país que no conozco demasiado bien. Intento comprender las cosas en Argentina pero reconozco mis insuficiencias de tal manera que tengo un poco de miedo cuando hablo en la Argentina. Entonces sería... ¿a ver si lo que yo digo es más o menos correcto o no? Por eso quisiera saber que piensan ustedes, si hay alguien que no esté de acuerdo me gustaría saber que opina.

Pregunta: ¿Usted está pensando en una economía social?

Robert Castel: No es en la economía social en lo que yo estoy pensando. En la economía social, y supongo que buena parte de ustedes conocen el tema, se trata con frecuencia experiencias muy interesantes pero que se desenvuelven en los márgenes o en los intersticios del mercado. Son personas que se las arreglan para producir formas de economía no mercantil pero me parece que eso no es una alternativa global a la cuestión que debemos enfrentar.

El mercado no se domesticará por algo que pasa por fuera de él. Si es posible domesticar al mercado eso solamente podrá hacerse con nuevas formas de organización colectiva del trabajo y con el rol del Estado como garante de esas protecciones.

Ahora bien, las personas que proponen la economía social son -con frecuencia- quizás un poco ingenuas. No quieren comprender la importancia fundamental del Estado, y también se corre el



riesgo de no comprender la importancia del mercado.

Creo que hay que enfrentarlo con formas de organización colectiva del trabajo. Evidentemente esto es más fácil de decir que de hacer pero por esa razón evoqué yo a Adam Smith. Me parece que estamos siempre en la modernidad o posmodernidad. La sociedad continúa estando estructurada por relaciones de mercado, de trabajo y hay opciones: o la hegemonía completa del mercado, que lamentablemente está cerca de ser probable, o bien, esta posibilidad de domesticar al mercado. De otro modo quizás habrá al costado de la hegemonía del mercado personas que se las arreglarán en los márgenes. No pienso que eso pueda ser una respuesta válida a la precariedad, al crecimiento de la pobreza, etc.

Pregunta: Habida cuenta de que estamos en un capitalismo mundial. La pregunta es si las respuestas no deberían ser mundializadas. Y al interior de eso que pasaría con la educación.

Robert Castel: Es cierto lo que usted dijo pero no es para nada una polémica. ¿Cómo sería esa forma de mundialización? Yo sé que hay grupos antiglobalización y hacen cosas muy interesantes pero eso no tiene peso. ¿Qué fuerzas internacionales tienen efectivamente peso en la actualidad? Usted tiene el Banco Mundial, el FMI, sistemas financieros y cosas así. Quizás esté la Organización Internacional del Trabajo que intenta hacer algo pero es menos liberal. Creo que no habría que tomar ese tipo de sueños como realidad. De hablar de fuerzas alternativas a nivel mundial, en relación con eso tenemos la unanimidad del mercado. Sin duda habría que intentar construir estas fuerzas pero justamente eso no consiste en soñar con su atrevimiento sino en actuar a través de referentes concretos de lucha, para emplear un viejo lenguaje, sobre objetivos precisos que se propongan limitar esa hegemonía del mercado.

El caso de la lucha contra el contrato de primer empleo en Francia es un buen ejemplo de eso. No nos haremos ilusiones sobre eso tampoco pero es a través de estas construcciones y de nuevas regulaciones que quizás podremos llegar a domesticar el mercado.

Me parece que podría ser políticamente peligroso ponernos a trabajar en la mundialización de fuerzas progresistas que en realidad no existen salvo durante el tiempo que



durán, por ejemplo, algunos foros como Porto Alegre. No es para nada un comentario peyorativo o de desprecio, pero hoy en día no son realmente alternativas, no sé qué puede pasar en 20 años. Y, sin duda, lo que yo estoy diciendo es discutible. Pero el comienzo de una reflexión política hoy debería tomar conciencia, tomar seriamente al mercado aún cuando no coincidamos con su funcionamiento e incluso pensemos que hay que luchar contra él. No se va a lograr dominarlo por ensoñaciones revolucionarias sino creando regulaciones sociales.

Pregunta (inaudible en la grabación)

Robert Castel Es extraño, yo soy de aquellos que han sufrido la exaltación del pensamiento de Mao. Hubo cosas profundamente destructoras en nombre de China que hoy representa otra amenaza. Quizás sea la forma de capitalismo más salvaje en los próximos tiempos y corremos el riesgo de que se imponga también. Del mismo modo que pienso que desde los años '70 había que luchar contra el pensamiento de Mao Tsé Tung, aunque no fuera la moda en ese momento, hay que investigar profundamente lo que puede llegarnos con esta forma de capitalismo, sin duda es algo paradójico. El capitalismo bajo su forma más salvaje va a llegarnos de la China de Mao Tsé Tung y merece una reflexión. Que un país, símbolo para muchos de la revolución proletaria, haya devenido, con ese mismo régimen político, en la punta de vanguardia del capitalismo merece una reflexión.

La traducción del francés fue realizada por el Prof. Alejandro Moreira, docente de esta Facultad. Las correcciones finales fueron realizadas por la Lic. Mariana Borrell, Secretaria Técnica de la Escuela de Ciencia Política.